

México, D. F., a 24 de mayo de 1956.

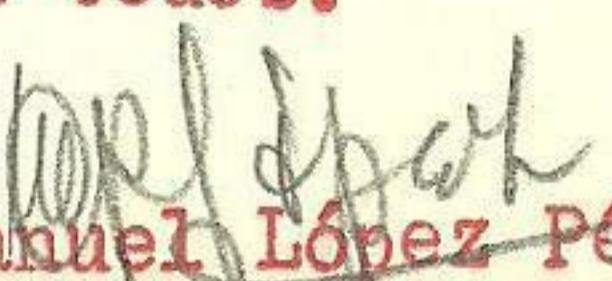
Señor  
Juan Abarca Pérez.  
Morelia, Mich.

Conversación

Señor Padrino:

A mi regreso de Lagos de Moreno me enteré con pena del fallecimiento de su hija. Lo más pronto que pude fui a buscarlo, encontrándome con que había usted decidido regresar a Morelia ayer mismo.

Mis literaturas en esta clase de asuntos son casi imposibles; así es que viéndolo mordido por la tierra, lo único que quiero expresarle es que lo comprendo, porque un día me vió usted sufriendo un dolor semejante. De nada nos sirven estos dolores en cuanto que nada nos remedian de la pérdida que los ocasiona, y deben superarse en nuevos actos de vida, únicos sobre los cuales tenemos capacidad de creadores. Si algún error es, como creen muchos, lo que nos hace padecer por un muerto, lo que equivale a decir que más que su pérdida nos agobia el remordimiento, aún así, señor Padrino, queda enfrente la vida para rectificar. En el caso de usted, hombre de corazón sano y de voluntad disciplinada al deber, la muerte de su hija se contrae a un impacto de ausencia. Y que no pase de ahí, señor Padrino, porque la vida urge con nuevos tributos, porque el dolor y el esfuerzo son los que nos prueban que existimos. Y mi última palabra es ésta: Si comprende usted lo que significó para mí verlo en actitud paterna cuando yo abrazaba un féretro blanco conduciéndolo al sepulcro abierto, estaré seguro del lugar que ocupa en mi hogar y en el corazón de todos los míos, lugar que en esta página representa el abrazo cordial que le envía su ahijado a nombre de todos.

  
Manuel López Pérez.